

Cartas de Pedro Poveda

“Ved la misión que se os confía”

XI Asamblea Nacional de Acit Joven

XI Asamblea Nacional Acit Joven
“Ved la misión que se os confía”

En el documento que tienes entre manos vas a encontrar unos textos de Pedro Poveda que muy probablemente no hayas leído nunca.

Se tratan de unas cartas publicadas recientemente por la editorial Narcea (Epistolario, 1898-1917) en las que Poveda escribe a personas a las que acompaña a distancia. En el Archivo de la Institución Teresiana se guardan más de 3.500 cartas suyas, aunque una gran parte de la correspondencia se ha perdido. Muchas veces las altas horas de la noche le encontraban escribiendo a las muchas personas a las que acompañaba por una u otra razón. No conocemos a algunos de los destinatarios, ni tenemos sus contestaciones.

Poveda se carteaba con jóvenes como tú. Jóvenes que ya habían descubierto a Jesús y se habían determinado a seguirle. En medio de su vida cotidiana intentaban profundizar en su fe, pero no siempre les resultaba fácil.

Te proponemos que escuches estas cartas como si Poveda te hubiera escrito personalmente a ti. Su lenguaje directo, yendo directamente al grano, sin andarse por las ramas, te puede resultar novedoso y, esperamos, estimulante.

Relee las cartas tranquilamente. **Elige** aquella que Poveda podría haberte **escrito a ti**.

Date unos minutos para pensar:

- En mi experiencia del seguimiento de Jesús constato que...
- Siento una llamada a...
- Ojalá en mi vida cotidiana yo...

Para compartir en el grupo:

- ¿Con qué carta te has sentido más identificado/a? Señala la carta o el fragmento que te ha llegado especialmente y por qué.
- ¿Qué fragmentos o aspectos te iluminan o contrastan de lo que vives actualmente de tu relación y seguimiento de Jesús?
- Si desearas integrar en tu realidad cotidiana la fe y la vida, ¿qué te da a ti más pistas de lo que Pedro Poveda dice a estas personas?
- ¿Qué paso adelante te sientes movido/a a dar?
- Después de lo escuchado hoy en sala respecto de la Revisión de Vida del Movimiento y de sus grupos, ¿qué nos diría hoy Pedro Poveda a los jóvenes de Acit Joven?

Preguntas para llevar al Plenario:

- Como grupo después de compartir y haberos escuchado unos a otros, ¿a qué os sentís invitados/as?
- ¿Hay algo de vuestra vida personal y comunitaria que necesite ser revitalizado?

P. Poveda a D^a Carmen Escario
Guadix, 1898
Carta nº 2

Escribiendo la presente, se me ocurre un pensamiento que con frecuencia ocupa mi atención, y es el de que Dios nuestro Señor te quiere santa y no se contentará con que seas buena solamente. Y es gran dicha -digo yo para mí- tener llamamiento tan alto, y al mismo tiempo que lleva al favorecido con este llamamiento una responsabilidad tremenda, si no se aprovecha como debe.

Has de ser santa y no pienses en ser buena solamente, porque nuestro Señor te pide mayor perfección y debes cumplir sus mandatos. Ahora descendamos a consideraciones sobre el particular.

La santidad es compatible con todos los estados, con todos los temperamentos y con toda edad y sexo. No son impedimentos las ocupaciones, los negocios, las contrariedades, la abundancia, la escasez, nada ni nadie. No se requieren penitencias determinadas, tiempo de oración marcado, lectura prescrita, ni rezo alguno concreto. Estos son preludios de donde sacar podemos algunas provechosas consecuencias.

Luego puedes ser santa en ese estado, en esa casa, en esas ocupaciones, y en esa atmósfera. Luego si no lo eres, dependerá de tu voluntad, porque Dios lo quiere y puede ser. Requisitos necesarios son: gran deseo y constancia en él; amor a la voluntad de Dios y oración continua (y esto entiéndase al modo que debe ser); y gran confianza en el Señor. Oración continua no quiere decir devociones continuas, solamente constante presencia de Dios.

No está en nuestra prudencia el determinar los medios que más nos convienen para lograr la santidad, pero el Señor sabe mejor que nosotros el medio más a propósito para conseguirla y muchas veces este medio es el que opinamos más contrario para conseguirla. Para ti es mejor aquel en que vives, y pensar otra cosa sería perder lastimosamente el tiempo. Aprovechate pues de todo, pues cada una de esas ocasiones que pierdas es un medio que desaprovechas y del que tienes que responder.

Ahora bien, como la humildad es la que tiene que presidir todos los actos de la vida del alma y con esta humildad sacamos bienes hasta de las caídas, el habernos desaprovechado de esas ocasiones, si bien entendemos el asunto, nos dará humildad y experiencia para lo sucesivo y no pusilanimidad y anonadamiento. Dios te llene de su espíritu, te fortifique y anime, te dé paz y calma santa con la que puedas correr por sus caminos [...].



P. Poveda a destinatario desconocido
Covadonga, anterior a 1910
Carta nº 16

Cada día queridísimo amigo, me tienes más preocupado. Yo no sé si es el cariño que te profeso, el concepto elevadísimo que de ti tengo, el celo que me inspira tu salvación, el deseo vivo y persistente de la gloria de Dios nuestro Señor; no sé, repito, si cualquiera de las consideraciones apuntadas, o todas juntas, me hacen pensar en ti más que en mí mismo. [...]

¡Hay que ser santo! Tremenda responsabilidad la nuestra, la tuya y la mía, si no propendemos a eso, y a nada menos que a eso. [...]

¿No es bien raro todo cuanto se relaciona con nuestra amistad? ¿No ves tú claramente el dedo de Dios? ¿No te asusta pensar en que tú o yo pudiéramos no cumplir o cumplir con deficiencia el plan del Señor? Hasta que llegue ese día en que yo esté convencido de tu decisión inquebrantable para ser santo, yo no estaré tranquilo. [...]

¿Te da miedo? ¿Dudas? Todo ello pudiera suceder a quien no supiera que Dios da las fuerzas necesarias, a quien, -no en Él- sino en sus propias fuerzas confiase; pero tú, tú no temerás porque serás como Pablo, el cuál decía: *Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Todo lo puedo en el Señor que me conforta.*

Con cuanta impaciencia espero conocer la impresión que te producen estos renglones, Dios lo sabe. Y es que de tus asertos pende gran parte del progreso que podemos hacer en el camino que a Dios te llevará. Yo, además, soy, bien por temperamento, ya por afición, o por convencimiento, enemigo de las medias tintas. *El que no está conmigo está contra mí* -dijo el Salvador- y yo creo que no hay medio de estar con Jesús sino siendo todo suyo, y el que así se entrega va hasta lo último, y lo último en este camino es la cruz. [...] Yo no sé explicarme estos regateos de las almas piadosas; yo no creo en las virtudes a medias, yo creo que si conocemos a Jesús necesariamente hemos de amarle con todas nuestras fuerzas, y si le amamos así, ¿qué podemos negarle? ¿Qué desear sino lo que Él desea? ¿Cómo vivir sino con su misma vida? Los santos son seres consecuentes [...]. Santidad de comodín es mercancía falsificada; santidad que vive amándose a sí propio y con voluntad propia es sacrilegio. Yo no sé pensar de otro modo, ni quiero pensar de otra manera.

¿A ti que te parece mi programa? Dime ingenuamente la impresión que te producen estas líneas. Además -y sigo en el tema- yo, sabiendo bien lo que Jesucristo hizo por mi amor, por mi salvación, sin mérito alguno de mi parte, sin merecerlo; yo -repito-, cuando veo esa generosidad y siento ese amor, no sé quedarme con cosa alguna; necesito darme todo, y además quisiera darle a Cristo todo el mundo. Y no digamos de la firmeza del amor de Jesús. Cuando dudamos del amor no podemos amar tanto ni con tanta seguridad, por eso yo, cuando pienso en el amor de Cristo y veo que jamás se acaba doy rienda suelta al mío. Desengáñate amigo del alma, todos

los amores de la tierra tienen peros y deficiencias y engaños. Para amar sin tasa, sin medida, hay que amar en el cielo.

Termino, porque es muy tarde. Ama mucho, muchísimo; cuanto puedas a Jesús, y di siempre con infalible seguridad: yo sí que amo bien y soy correspondido.



P. Poveda a destinatario desconocido
Covadonga, anterior a 1910
Carta nº 17

En este momento acabo de recibir una carta que dice, entre otras, estas sandeces: "Creo padre mío que como Vd. es -lo pondré como viene- tan santo, quisiera hacerme así a mí, y yo me conformo con menos".

Nada tiene que ver esto con mi amigo del alma a quien va la presente; pero como todo lo que sea aclarar conceptos y dar recíprocas facilidades debo hacerlo, tomo ocasión de la carta de referencia para decirte cuanto sigue -sí me dejan-.

Parto del principio de que entre quien escribe la carta y a quien mando ésta hay una diferencia como del día a la noche. La autora de la repetida epístola es una frívola, y tú eres un ser sustancial, tomando esta palabra por madurez, juicio, etc. No obstante, y sin que ello sirva para mortificarte en lo más mínimo, quiero decirte algunas cosas y preguntarte otras.

Ya sabes cómo pienso respecto de [ti] -y repito ahora- que los planes de la Providencia con relación a ti son magnos y extraordinarios. ¿Tú lo crees así? ¿Serás tú de los que se conforman con no ofender a Dios solamente? ¿Hemos de tratar el asunto de tu santificación con el empeño que merece para perder tiempo o para ganar a Dios? Ingenuamente te confieso que yo no valgo para medias tintas, para eso encontrarías mil que te sirvieran; yo, si me dedico a ti, es para algo muy grande. Esto no significa -ya te lo expresé alguna vez- que debas ser fraile capuchino ni de otra orden, significa que has de ser *todo* cuanto Dios quiera y pida de ti.

Hacerse santo no es obra de un año ni asunto de temporada, como las modas; es algo muy grande, lo más grande a que puede aspirar el ser humano. La victoria no se promete ni el premio, por tanto, sino a los que luchan y luchan toda la vida. El empezar es de muchos, pero solamente terminan los que son de Dios. La perseverancia es don del cielo, pero don que se alcanza pidiéndole con humildad y constancia. [...]

Piensa delante de Dios cuanto te digo y dime tú algo que me haga concebir halagüeñas esperanzas. Ya, en una o varias ocasiones, te dije que no podía encargarme de nuevas direcciones [espirituales] y que la tuya, no obstante, la tomaba con el más fervoroso anhelo; pero partiendo siempre del principio de ser santo y -no menos que santo-. ¿Te enteras? [...]



P. Poveda a destinatario desconocido
Covadonga, anterior a 1910
Carta nº 20

Algunas veces, muchas –y diré mejor-, me pregunto a mí mismo, ¿cómo será que no progresa tanto como yo esperaba? Y a decir verdad, no sé qué responderme. ¿Será que no le conozco bien? ¿Tendrá algún obstáculo que sea para mí desconocido? Y termino por quedar como al principio, después de haber meditado mucho en este asunto que tanto interés me inspira. [...]

Algunas veces creo que las cosas efímeras, caducas, deleznales, transitorias, esas nonadas, por decirlo de una vez, te llaman la atención y hasta te seducen. [...] Quien tiene como tú, inteligencia clara y corazón puro, debe tener también voluntad recta y firme. Dejemos las frivolidades para los frívolos y nosotros pensemos y amemos y sintamos como hijos de Jesucristo, seriamente, y sabiendo lo que hacemos, por qué lo hacemos, para qué lo ejecutamos, cómo hemos de conducirnos, etc.

Esta seriedad, este carácter -llamamos así a los principios y a la voluntad, que ambas cosas, o mejor, ideas fijas y voluntad firme forman el carácter- es compatible y hermana admirablemente con el candor, la sencillez y la inocencia; y no supone ni exige doblez, dolo, malicia ni otros defectos. Nosotros debemos estudiar para conocer el verdadero valor de las cosas, y después apreciarlas según su valor. [...]

Convéncete, tu centro es Dios y hasta tanto que en Dios vivas constantemente, hasta que por Él hagas todo, hasta que tu inteligencia y tu corazón estén endiosados -por decirlo así-, tú no serás lo que debes ser, ni valdrás lo que puedes valer, ni progresarás cuanto debes progresar en los caminos del Señor.

Los seres cuando están fuera de su centro pierden el equilibrio, no están seguros. Tú, hablando de bobadas, pensando en modas, deseando caprichos, ocupándote en vanidades, resintiéndote por nonadas, apeteciendo ser preferido, sacudiendo los trabajos, y temiendo a las contrariedades, tú -repito-, pensando y deseando esas cosas, no eres tú, es decir, no eres lo que debes ser, lo que puedes ser, lo que Dios quiere que seas. Dios no da los dones para eso, los da para gloria suya y bien de quien los posee, y tú, siendo como queda dicho y no como debes ser, ni das a Dios la gloria a que Él tiene derecho ni te santificas como debieras.

Quizá te duela esta última parte de mi epístola, pero yo no puedo hacer traición al ministerio fraternal que cerca de ti desempeño. Yo creo que tú debes ser otra cosa, pues así lo pide Dios y así lo están declarando tu inteligencia, tu corazón, tu alma toda. Podría ser que yo no consiga lo que deseo, podría suceder que tú no seas tan santo como yo quiero hacerte; pero yo quedaré tranquilo, aunque apenadísimo, si de mi parte puse cuanto Dios me pedía y tu salvación demandaba. No niegues nada a quien te dio todo, a Dios Nuestro Señor.

